

ATENTADO DE ETA

Tesón y coraje

Gregorio Ordóñez ha encarnado la firmeza contra los violentos y la renovación del centro-derecha vasco

ALBERTO SURIO
DV. SAN SEBASTIAN

Gregorio Ordóñez ha sido un valiente abanderado de la lucha contra ETA y exponente de la renovación del centro-derecha vasco.

A Gregorio Ordóñez lo asesinaron ayer en la calle 31 de agosto. Una casualidad macabra, el pistolero que le segó la vida en el bar «La Cepa» lo hizo en su rincón donostiarra preferido, en la calle 31 de agosto. El caso es que Ordóñez, nacido en Caracas el 21 de julio de 1958, tenía en su vida dos grandes retos en los que funcionaba con una notable lealtad. El uno era su compromiso contra el terrorismo de ETA. El otro era la ciudad de San Sebastián.

Ordóñez ha representado durante los últimos quince años una auténtica punta de lanza contra la violencia y de denuncia activa contra ETA y su entorno. Su propia entrada en la actividad política estuvo presidida por la mella humana que le había producido la muerte en atentado terrorista del padre de unos de sus mejores amigos. Desde entonces, su militancia contra la violencia y su beligerancia contra el mundo radical violento era una de sus características señas de personalidad. Ordóñez no se callaba ante nada ni ante nadie. Concebía su actividad política como un ejercicio de auténtico temperamento. «Ando de cruzado permanente contra ETA», afirmaba hace pocos meses en pleno escándalo municipal por las supuestas irregularidades en la Guardia Municipal donostiarra.

Ordóñez accedió al Ayuntamiento donostiarra como concejal en 1983. Tenía entonces 25 años y representaba a una Alianza Popular en la que él era el exponente de todo un relevo generacional. Una nueva derecha que no había conocido a Franco emergía de las catacumbas del miedo y pretendía sustituir a una *vieja guardia* que se había quedado obsoleta, con un puñado de *nostálgicos*. Junto a José Eugenio Azpíroz y Eugenio Damboriena, el populista y dinámico Ordóñez —que se había afiliado a AP en su fundación, en 1977— comenzó a *revolucionar* los clichés, a cambiar la imagen de un conservadurismo montaraz y tradicional, a ofrecer el perfil de una nueva generación, moderna, joven, con espíritu de servicio y un estilo populista.

En las elecciones municipales de 1987, Ordóñez logró tres concejales en la Corporación y fue designado delegado municipal de Turismo, área desde la que desplegó una importante labor publicitaria de la ciudad al frente del Centro de Atracción y Turismo. En aquellos años no siempre tuvo las bendiciones de su partido en Madrid. Era la época en la que la ejecutiva de Alianza Popular, presidida por Manuel Fraga, llegó a



Gregorio Ordóñez./USOZ

expedientar a su discoloro dirigente por abierta indisciplina. Gran amigo de Antonio Alvarez Mancha, el efímero presidente del PP que fue defenestrado por sus antiguos compañeros, a Ordóñez siempre le quedaba cierto regusto amargo de aquellos momentos, ya superados. Cuando el centro-derecha comenzó a reconstruirse en el País Vasco con el desembarco de Jaime Mayor Oreja, Ordóñez, el antaño rebelde, se convirtió en un adalid destacado de la refundación popular, un estrecho colaborador del presidente del PP vasco y en la *perla mimada* del propio Aznar.

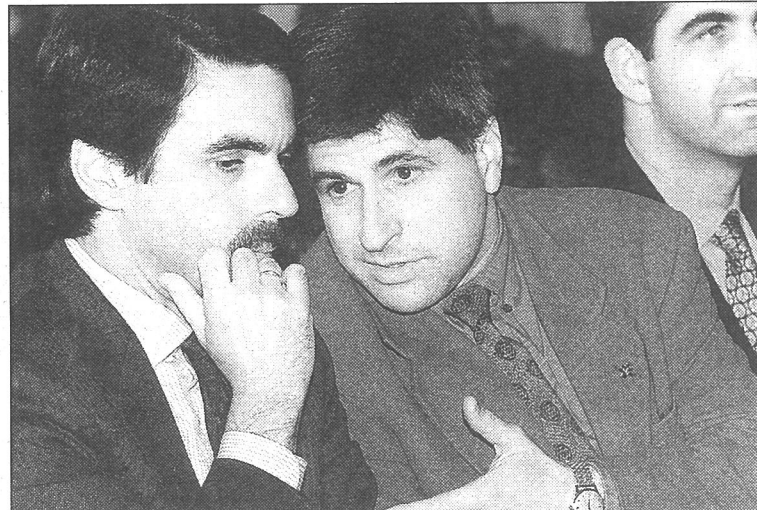
Ordóñez era parlamentario vasco del PP de Guipúzcoa desde 1990 y un año después fue elegido primer teniente de alcalde donostiarra y delegado de Urbanismo. En 1991 fue elegido portavoz del PP vasco y era también miembro de la Junta Directiva Nacional del PP. El pasado 19 de enero, en un acto celebrado en San Sebastián con presencia de Aznar, era proclamado candidato del PP a la Alcaldía de San Sebastián. En aquel acto, Aznar definía al aspirante a la alcaldía como un hombre «honrado» y «valiente». Una cualidad, la de la valentía, que era una de las notas características en las que coinciden sus amigos y

también muchos de sus adversarios políticos.

Ordóñez accedió a la política por la rebeldía contra el terror de ETA

Tras su talante apasionado, escondía una profunda religiosidad

Casado hace cuatro años con Ana Iríbar, profesora de francés, Ordóñez tenía un hijo de año y medio, Javier Gregorio. El concejal asesinado no llevaba escolta y siempre había rechazado esta posibilidad, aunque en más de una ocasión había recibido amenazas de muerte y, también, algún que otro susto. En los últimos meses se sentía preocupado e, incluso, perseguido. Algunos de sus íntimos apuntan que hace no demasiados meses, ocurrió un extraño incidente cerca del portal de su casa, cuando el concejal observó, detrás de un árbol, algunos movimientos extraños. Algo asustado, Ordóñez hizo un gesto de llevarse la mano al abrigo —en ocasiones, solía portar un pequeño revólver— pero al realizar el ademán la persona que se ocultaba salió corriendo del lugar. En otra ocasión, ya ha-



Ordóñez y Aznar el pasado día 19./AYGÜES

Periodista con doce matrículas de honor

Gregorio Ordóñez se licenció en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra en 1981. Atrás había dejado cinco intensos años como estudiante en los que obtuvo doce matrículas de honor. Un compañero de promoción, que convivió en un piso con él durante dos años, después de que Ordóñez decidiera en tercero de carrera dejar de pertenecer al Opus Dei, le recuerda como un estudiante «inteligente, pero sobre todo con un extraordinario tesón y fuerza de voluntad. Siempre era el primero en despertarse cuando tocaba madrugar para estudiar, y si alguna vez alguien necesitaba apuntes, tenía la seguridad de que Gregorio se los dejaría, porque nunca faltaba a una clase. Vivíamos en un piso de la Parte Vieja de Pamplona y él era el que siempre estaba organizando a quien le

tocaba hacer la compra, quien debía fregar o quien debía ocuparse de hacer la casa. Cuando había que estudiar y apetecía más darse una vuelta por los bares de la Parte Vieja, allí estaba siempre Gregorio para recordarnos que primero había que preparar el examen de turno. Incluso, a la hora de tener que hacer la mili, fue él quien nos animó para apuntarnos a las milicias, y aún recuerdo el día que tuvo que irse para incorporarse como alférez al acuartelamiento de Jaca.

En su época de estudiante universitario, siempre fue *Goyo* para sus amigos. Le hubiera gustado ser futbolista de la Real. Soñaba con poder ser algún día periodista, pero luego no se arrepintió de cambiar el periodismo por la política.

ce años, Ordóñez también tuvo otro susto en un aparcamiento subterráneo. En los últimos meses, a raíz de la polémica sobre la Guardia Municipal, se habían producido nuevas amenazas. El asesinato del sargento Alfonso Morcillo le sumió en una profunda consternación.

Incansable tenacidad

Ordóñez provenía de una familia de trabajadores. Sus padres regentaban una lavandería y él mismo reivindicaba su origen humilde y haber residido hasta hace bien poco en una modesta vivienda de alquiler en la plaza de Pío XII. Su tesón incansable le llevó a mantener una muy fluida relación con los medios de comunicación, con los que estaba siempre disponible las 24 horas del día y a los que todos los días enviaba mediante el fax un comunicado en el que valoraba el acontecer político y municipal, incluso cuando se marchaba de vacaciones.

La otra gran ilusión de Ordóñez era la ciudad de San Sebastián y el donostiarismo del que hacía gala a diario. «Mi ideología es en blanco y azul», llegó a afirmar hace muy pocos meses, cuando comenzaba a preparar la operación para saltar al trampolín de la alcaldía. La victoria del PP en San Sebastián en las elecciones euro-

peas y en los comicios autonómicos habían infundado muchos ánimos a sus correligionarios, convencidos de que el centro-derecha podía repetir en las próximas municipales como primera fuerza en la capital guipuzcoana. Sin embargo, el propio Ordóñez —un auténtico *animal político*— era consciente que era un hombre popular que suscitaba filias y fobias y que tenía como punto débil el escaso margen de maniobra de su partido en la política municipal de alianzas. Ordóñez decía que casi todas las semanas le insultaban en la calle, pero reconocía que el País Vasco estaba ganando la batalla a los violentos. «Si fuera alcalde no dudaría en declarar personas no gratas a todos los seguidores de ETA y prohibir su entrada en la ciudad», dijo una vez. También indicó que había que ser primero persona, y luego todo lo demás. Un político polémico y apasionado y del que quienes lo conocían bien recuerdan que, por encima de las circunstancias políticas, era honrado y tenía un profundo sentido religioso que no ocultaba cuando decía que trabajaba por los demás «pensando en el que está arriba». Con lágrimas en los ojos, el peneuvista Antton Marquet reconocía que, a pesar de sus profundas discrepancias, «era un gran tipo».



ATENTADO DE ETA



El despacho de Gregorio Ordóñez en el Ayuntamiento, siempre lleno de papeles, está vacío desde ayer. MIKEL

Tensión tras las revelaciones del confidente

Gregorio Ordóñez protagonizó a finales del año pasado junto a Odón Elorza uno de los enfrentamientos más agrios y duros de su etapa de concejal en el Ayuntamiento de San Sebastián, después de que el dirigente asesinado desvelara la posible existencia de fondos reservados en la Guardia Municipal para el pago a confidentes y manifestara sus sospechas de que dentro de la Guardia Municipal había una red de informadores de ETA. Esta situación generó un cruce de insultos y descalificaciones entre el alcalde de la ciudad, Odón Elorza, y su primer teniente de alcalde. Las discrepancias estuvieron a punto de romper el pacto que sustentaba el gobierno municipal. Además, motivó un profundo malestar en un amplio sector de agentes del cuerpo.

Ordóñez denunció en octubre del año pasado la existencia en la Guardia Municipal de una partida de dinero que él definió de «incontrolado» para el pago a soplones. Esta acusación la difundió después de que en setiembre entablara contacto con el confidente Eusebio Folgueira López. Este le contó que en 1991 se comprometió con la Guardia Municipal a colaborar en la detención de varios traficantes de droga. Por esta operación cobró cerca de trescientas mil pesetas, dinero que, según el dirigente popular, no figuraba en ninguna partida presupuestaria.

Pero Folgueira fue más allá en sus revelaciones e involucró al cabo de la Guardia donostiarra José María Lizarraga con una red de información de ETA. Este agente fue detenido en julio de 1993, junto con el también guardia municipal Patxi Xabier Añorga, bajo la acusación de formar parte del comando *Lartaun* de ETA. Aunque Añorga fue condenado a seis años de cárcel, la Audiencia Nacional archivó el caso de Lizarraga. Eusebio Folgueira relacionó a Lizarraga con el 'caso Olarte', asesinado por ETA cuando jugaba una partida de cartas en una sociedad de la Parte Vieja donostiarra.

Con toda esta información a su alcance, Gregorio Ordóñez interpuso el 12 de noviembre una querrela contra Odón Elorza; Mikel Santamaría, jefe de la Guardia Municipal, y José María Lizarraga. A los dos primeros les acusó de prevaricación y malversación de caudales, en tanto que al agente le involucró únicamente en la malversación de caudales. Ordóñez justificó la querrela en la lucha que siempre había mantenido contra la violencia de ETA. «Me alegraré si sirve para que desaparezcan los soplones de ETA de la Guardia Municipal, si es que existen» señaló entonces el concejal.

Pero la querrela ni siquiera fue admitida a trámite en el Juzgado de Instrucción número 1 de la capital guipuzcoana. Gregorio Ordóñez recurrió la decisión judicial que aún se encuentra pendiente de resolución. El juez tenía prevista hacerla pública esta misma semana.

«Soy antes de San Sebastián que del PP; trabajo en blanco y azul»

La vivienda, el puerto deportivo o la plaza de toros centraron su trabajo municipal

ANA VOZMEDIANO DV. SAN SEBASTIAN

«Soy antes de San Sebastián que del PP» o «trabajo en blanco y azul» eran parte del discurso de Gregorio Ordóñez. Acababa de ser nombrado 'alcaldeable' de su partido y su obsesión eran los proyectos y el futuro de la ciudad. Su actividad parlamentaria le sirvió a menudo para 'incordiar' en Vitoria sobre las iniciativas donostiarra.

Durante casi tres legislaturas, Gregorio Ordóñez hizo gala de su condición de concejal y, sobre todo, de su calidad de donostiarra. Se manifestaba obsesionado por la ciudad, «por Donostia-San Sebastián», por sus proyectos, por el desarrollo del turismo y los servicios, por la construcción de viviendas... En estos momentos se ocupaba de la delegación de Urbanismo y era primer teniente de alcalde.

Su cargo como parlamentario vasco por el PP, había comenzado recientemente su segunda legislatura, lo utilizó poco para las grandes cuestiones políticas, pero no perdió ocasión para pedir información sobre la Ley de Medidas Urgentes, la financiación del Kursaal o el destino de los pisos del Geriátrico o Venta Berri cada vez que acudía a Vitoria.

«Tienen que ser para donostiarra, la protección oficial que se construya en San Sebastián debe ser para sus habitantes, que son los que viven este problema de forma más acuciante». Era una de las polémicas que mantenía con el ex consejero de Urbanismo del Gobierno Vasco, José Antonio Maturana, uno de sus rivales habituales en la vida municipal.

Decía con una sonrisa que era el edil más popular, jugando con el nombre de su partido y con su propia celebridad, motivada en gran parte por ser uno de los concejales que recibía a más ciudadanos en el enorme desorden de expedientes y volúmenes que era su despacho.

«Al ciudadano no se le pueden poner pegas cuando viene al Ayuntamiento, hay que dar facilidades a cualquier iniciativa». Incluida la de organizar una corrida de toros en el Velódromo que, finalmente, no llegó a celebrarse pese a su enfado.

Los toros

Y es que la futura plaza de toros era otra de sus obsesiones como concejal y fue el máximo artífice de la operación que ligó al hipermercado de Eroski en Garbera con la posibilidad de construir un coso en Illumbe. «San Sebastián tiene que tener plaza y va a tenerla. Y también un puerto deportivo, porque estos equipamientos son motores económicos para una ciudad de servicios como San Sebastián». Durante años miró y revisó proyectos que dibujaban ese puerto, «porque se nos están ade-

lantando todas las localidades de nuestro alrededor y no podemos renunciar a él».

Urbanismo y turismo

Su primer destino municipal fue como concejal de Legalidad Urbánica bajo el mandato de Ramón Labayen. Nunca dudó en señalar a Labayen como el alcalde con el que mejor se llevaba, aunque siempre trató de distinguir el debate político de las relaciones personales.

Con el alcalde Xabier Albistur fue destinado a la delegación de Turismo, en la que ideó iniciativas como el «Fin de Semana a la Donostiarra» y desde la que defendió con ardor fiestas como el Carnaval o la Semana Grande. Enfrentados en distintas polémicas, desde hermanamientos a fiestas de comparsas, no dudó en zanjarlas con aire festivo.

El mandato de Odón Elorza le devolvió a los expedientes urbanísticos y, durante su gestión, se concedieron 6.000 licencias para la construcción de viviendas. «Es la única forma de que bajen los precios de los pisos», repetía ayer mismo, en una conversación posterior a la que sería su última rueda de prensa.

Este contacto con los periodistas era constante. «Hay que cuidar al ciudadano y a los medios de comunicación», bromeaba a menudo. Su rueda de prensa prácticamente diaria, su capacidad para improvisar, para hacer atractivas las declaraciones e, incluso, para adaptarlas matemáticamente a los minutos de radio eran bien co-

nocidos entre los profesionales de la comunicación. El mismo lo era, no sólo por sus estudios sino por vocación.

Muchas horas

Su capacidad para provocar el enfado de sus compañeros de Corporación, de Comisión de Gobierno y del propio alcalde Odón Elorza era también conocida y entre ese apoyo proverbial a la iniciativa privada — «siempre hace las cosas mejor que la pública» — se encontraba también su defensa de la vida nocturna y de la hostelería. «El problema está en las personas, no en los bares, hay que armonizar intereses entre quienes quieren dormir y quienes quieren divertirse».

Negaba ser un hombre polémico, «escapo de las polémicas pero ellas me alcanzan» y recordaba siempre que «meto muchas horas en este Ayuntamiento, en el que paso doce horas diarias». Durante estas horas controlaba la práctica totalidad de la actividad municipal de su partido, del que era portavoz e inspirador.

Abogaba por la construcción de aparcamientos subterráneos en cualquier punto de la ciudad y era especialmente receptivo con quienes se quejaban del tráfico ciudadano. El Plan puesto en marcha por Patxi Beloqui hizo que levantara sus críticas más laceradas y que pidiera, incluso, su dimisión. No sería la primera vez. A Gregorio Ordóñez, un donostiarra que soñaba con ser el alcalde de su ciudad no le daban miedo las palabras.



.....ATENTADO DE ETA.....

A las 7.30, en el Ayuntamiento

Su agenda diaria estaba repleta hasta el anochecer en un despacho abierto al ciudadano

JAVIER ROLDAN
DV. SAN SEBASTIAN

A las seis de la mañana ya le sonaba el despertador. Rápidamente ponía en marcha la radio y escuchaba atentamente el torrente informativo del momento. Tras la ducha, desayunaba a solas, porque su mujer y su hijo dormían a esas horas. Todos los días tenía una agenda cargada.

Reuniones en el Ayuntamiento, juntas en el partido, comisiones, visitas de ciudadanos, estudios técnicos, comidas políticas, viajes a Vitoria, plenos en el Parlamento Vasco, ruedas de prensa y entrevistas a medios de comunicación engordaban diariamente su plan de trabajo, perfectamente coordinado por su secretaria. «Era un trabajador disciplinado. Riguroso en su quehacer y su mayor virtud era la vocación de servicio público que ostentaba», aseguran sus compañeros de partido.

A la siete de la mañana ya recogía toda la prensa diaria en el kiosko cercano a su domicilio. Se montaba en el coche y de reojo observaba los titulares y las reacciones habidas esa jornada en la esfera política. Lo primero que leía era la sección municipal. Llegaba al Ayuntamiento a las 7.30 de la mañana. Sin duda, era el concejal más madrugador.

Los fax, en marcha

Nada más llegar a su despacho, ya tenía las ideas ordenadas sobre qué estrategia debía plantear ante los temas que merecían su atención. Durante una hora, y casi hasta las 8.30, utilizaba este tiempo para redactar los primeros fax de la jornada. Las hojas con el membrete del PP y su firma llegaban a las redacciones a primeras horas.

Siempre le acompañaba su teléfono móvil y su fax, que se lo llevaba consigo hasta cuando se desplazaba con su mujer, Ana Iribar, y su hijo, Javier, de vacaciones. Allí donde estuviera, siempre estaba al tanto de la noticia. Cuando estaba fuera por diversas



Gregorio Ordóñez besa a su mujer, Ana Iribar, en el día de su boda./USOZ

Su mayor ilusión era trabajar para que su hijo pudiera vivir en «un mundo mejor y lleno de paz»

causas recibía las páginas de los periódicos a través del fax y dictaba sus notas a su secretaria.

A las 8.30 ya tenía todo programado en el Ayuntamiento. Acudía a las comisiones, solicitaba informes a sus técnicos y recibía una auténtica peregrinación de visitas de los ciudadanos. Las puertas de su despacho municipal siempre estaban abiertas para cualquier consulta. «Era, sin duda, el concejal más visitado en el Ayuntamiento. No había quien le superase», afirmaban sus colaboradores.

En su mesa redonda del Ayuntamiento despachaba a los periodistas municipales —siempre se

le acumulaban montones de informes a su alrededor— para analizar un aspecto de la actualidad municipal. Allí se sentaba con asociaciones de vecinos y todo tipo de ciudadanos que acudían para que les resolviera un problema. «Atendía a todos. Tenía la capacidad de tener en su despacho a tres o cinco visitas a la vez. Su agenda la cumplía a rajatabla», recuerdan sus allegados.

Era de los últimos en salir del Ayuntamiento por la mañana. Solía hacerlo sobre las dos y media. Si tenía comida de compromiso, acudía a ella, aunque fuera con retraso. «Siempre prevalecía

su deseo de servicio». Y si no había comida establecida, almorzaba algo suave en la Parte Vieja con sus colaboradores.

Aprendía euskera

Después de comer se dirigía al Ayuntamiento. Recibía diariamente clases de euskera desde hace cuatro años. Ya entendía. Le resultaba algo difícil porque tenía poco tiempo para estudiar, pero su gran ilusión era dar un discurso en euskera.

A las cinco de la tarde abría el despacho, más llamadas y más visitas. Incluso, entre los vecinos, se producían disputas para entrar primero. A veces daba la sensación de que su oficina era una consulta médica de ambulatorio. Decía habitualmente que su secreto era vivir al día en la calle y conectar con las inquietudes de los ciudadanos.

Tras el nacimiento de su hijo, Javier, hace trece meses, había

llegado a un compromiso con su mujer para volver a casa a las ocho. Diariamente se encargaba de bañar al niño y ayudaba en las labores del hogar. Era precisamente Ordóñez quien planchaba la ropa.

Compromiso con su hijo

Le gustaba atender a su hijo y a su mujer, una vez que conseguía librarse del trabajo. También tenía tiempo para mantener sus amistades. Precisamente, un amigo íntimo de Ordóñez, recuerda que «le gustaba comer y disfrutaba de la buena cocina». También afirma que cuando había una celebración era Ordóñez el más bullicioso. «Si se iba de marcha, no miraba el reloj. Bailaba sin parar rock and roll y, después, a la mañana se despertaba a su hora de forma disciplinada».

Era una persona muy humana. Fuera de su tarea política se convertía en un padrastro. Los fines de semana los dedicaba en exclusiva a su familia. Su meta política era ser alcalde San Sebastián, pero a sus amigos confesaba que su ilusión era «que mi hijo viva en un mundo mejor y lleno de paz».

Los sábados, en bici

Los sábados por la mañana tenía tiempo para escaparse en bicicleta hasta Goizueta. Si tenía que acudir a algún acto al mediodía, solía emprender la marcha a las ocho de la mañana. Le gustaba hacer ejercicio porque consideraba que era bueno para la salud y para descargar tensiones.

No había excusas para saltarse el domingo la exclusividad familiar. «Le gustaba el fútbol y sacrificó acudir a Anoeta para estar con su hijo», afirman sus colaboradores cercanos.

La capacidad de trabajo la asimiló en el seno de su familia. Nació en Venezuela porque sus padres —que ahora residen en Alicante— emigraron a aquel país. Al regreso a San Sebastián, con unos pequeños ahorros, abrieron una lavandería en Ulúa, donde vivía toda la familia.

Siempre reconoció el sacrificio de sus padres, que se esforzaron para darle estudios y carrera. Era periodista y, según afirman sus compañeros, «nunca dejó de serlo; cada una de sus frases era un titular de prensa».

